

TIM HARFORD

EL ECONOMISTA

CAMUFLADO

La economía de las pequeñas cosas



¿Por qué pagas en Starbucks por una taza de café el triple de lo que pagarías en un simple bar? A partir de esta sencilla pregunta Tim Harford, uno de los economistas más prestigiosos del mundo, se convierte en un detective que nos enseña a seguir las pistas para averiguar cómo funciona el mundo. Porque quizá pienses que simplemente estás disfrutando de un capuchino espumoso, pero el economista ve otra cosa; tu capuchino refleja el producto de un sistema de complejidad asombrosa. El economista puede explicar cómo funciona un sistema como este, cómo las empresas intentarán explotarlo y cómo tú, como consumidor, puedes protegerte. Un libro divertido, ameno y accesible para comprender el mundo a través de la economía de las pequeñas cosas.

Índice de contenido

Cubierta

El economista camuflado

Agradecimientos

Introducción

1. ¿Quién paga tu café?

El poder que proviene de la escasez

La tierra «marginal» tiene una importancia fundamental

De las tierras de cultivo a los puestos de café

Modelos portátiles

Las diversas razones de los altos costes de arrendamiento

¿Nos están estafando?

«Alquiler» de recursos

¿Cuándo el crimen tiene castigo?

«Conspiraciones contra los legos»

Y ahora... una polémica

¿Qué deberían hacer los economistas?

2. Lo que los supermercados no quieren que sepas

Cada día nace un tonto: dos modos de descubrirlo

El tercer modo: que los pavos voten a favor del día de acción de gracias

Las cafeterías no están solas

Incrementar de forma desmesurada los precios de lo natural

Compras baratas y locales baratos

¡Complicalo!

Chequeo de la realidad número uno: ¿la empresa tiene realmente el poder de la escasez?

Chequeo de la realidad número dos: ¿las empresas pueden arreglar las fisuras?

Cuando la fijación de precios en función de los clientes es algo beneficioso

Cuando la fijación de precios en función de los clientes es algo perjudicial

3. Los mercados perfectos y «el mundo de la verdad»

Los precios son optativos, lo que significa que revelan información

Los mercados perfectos: la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad

La vida sin los mercados

La función indicadora de los precios

Eficiencia versus justicia: ¿podemos manejar la verdad?

¿Podemos contar con que los mercados nos ayudarán a alcanzar la verdad?

Ejemplos poco prácticos

Un ejemplo práctico

4. El tráfico urbano

Lo que no va bien en mi mundo

Cómo los conductores afectan a terceros

Diferentes tipos de precios: marginal y medio

El precio debería reflejar el daño

Dos objeciones a los impuestos sobre la externalidad

¿Cuánto vale tu vida?

Dos lagunas diferentes en nuestro conocimiento

El efecto Nueva Orleans

Combatir la contaminación con poco dinero

¿Tiene el medio ambiente tanta importancia como para convertirse en una cuestión moral?

Ser positivos

¿Puede algo bueno resultar excesivo? Cómo se resuelven las externalidades sin la intervención del gobierno
Epílogo: ¿de qué trata realmente la economía?

5. La verdad secreta

Información privilegiada

La información privilegiada y el seguro médico

Haz limonada

Los limones, la cobertura médica y Estados Unidos

Información incompleta: la historia completa

Fracaso del mercado versus fracaso estatal

Solucionando el problema de la asistencia sanitaria mediante una economía «mínimamente invasiva»

6. Una locura racional

Un paseo aleatorio

El valor y el precio: más allá del paseo aleatorio

Tontos racionales

Adoptar un punto de vista a largo plazo

Pensar sensatamente sobre la escasez

Escasez y tecnología

7. Los hombres que no conocían el valor de nada

El amor, la guerra y el póquer

Juegos dentro de juegos: cómo vender una casa de 300.000 dólares por solo 3.000

La teoría de los juegos hecha para los tontos

¡Que pasen los subastadores!

¿Por qué recurrir a la subasta?

La subasta británica en acción

Recuerda: la fuerza surge de la escasez

La resaca

8. Por qué los países pobres son pobres

La pieza que falta en el rompecabezas

Una teoría sobre el bandidaje gubernamental

Bandidos, bandidos por todas partes
Las instituciones importan
La peor biblioteca del mundo
La trama se hace más densa: los incentivos y el desarrollo en Nepal
¿Existe una oportunidad para el desarrollo?

9. Cerveza, patatas fritas y globalización
Pero ¿la globalización es algo bueno?
La globalización es ecológica
Sweatshops; o ¿es bueno el comercio para los pobres?
El poder de los grupos de presión
¿Cómo podemos mejorar la situación de los pobres?

10. Cómo China se hizo rica
Dos revoluciones agrarias
Invirtiendo para el futuro
Crecer sin plan
Acceso y poder de la escasez
China y el mundo
Epílogo: ¿importa la economía?

Notas

Sobre el autor

*A Deborah Harford, Fran Monks y Stella Harford,
mi familia.
... en el pasado, presente y futuro.*

Agradecimientos

Peter Sinclair me puso en contacto con la economía; y Tony Courakis, Simon Cowan, Stan Fischer, Bob Garhart, Paul Klemperer, Brendan McElroy, Elinor Ostrom, Hyun Shin, Bill Sjostrom y muchos otros me ayudaron en el camino. Les estoy muy agradecido a todos.

En Shell, Ged Davis me permitió trabajar media jornada para que yo pudiera producir el primer borrador del libro. Me sentí halagado y estoy agradecido por su apoyo. Otros colegas en Shell constituyeron una inspiración, especialmente Betty-Sue Flowers, Antipam Khanna, Cho Khong, Michael Klein, Doug McKay y John Robinson.

En el *Financial Times*, Pilita Clark, Andy Davis, Chris Giles, Andrew Gowers, John Kay, John Willman y Martin Wolf me dieron oportunidades y luego se aseguraron de que no las desperdiciara.

En el Banco Mundial, Michael Klein y Suzanne Smith son colegas maravillosos. Cada día que paso con ellos aprendo algo nuevo.

David Bodanis, Felicity Bryan, Penny Dablin, Moore Flannery, Juri Gabriel, Mark Henstridge, Diana Jackson, Oliver Johnson, John Kay, Cho Khong, Paul Klemperer, Stephen McGroarty, Doug McKay, Fran Monks, Dave Morris, Rafael Ramírez, Jillian Reilly, John Robinson, Tim Savin, Martin Wolf y Andrew Wright han mejorado el libro con sus comentarios.

Sally Holloway, mi agente, ha sido excepcional. Tim Bartlett y Kate Hamill, de Oxford University Press, me enfure-

cieron con su precisión y capacidad de análisis. He sido muy afortunado por poder trabajar con ellos.

Lo que es más importante: el apoyo emocional provino de Diana Jackson, mi esposa, Fran Monks, el «tío» Dave Morris y Jillian Reilly.

Sobre todo debo agradecerles a Andrew Wright, un genio, sin el cual el libro podría no haberse terminado nunca; y David Bodanis, una inspiración, sin quien el libro ni siquiera hubiera comenzado.

Introducción

Me gustaría darte las gracias por haber comprado este libro; aunque si te pareces a mí en algo, seguramente no lo has comprado aún, sino que lo has llevado a la cafetería de la librería y en este preciso momento estás disfrutando cómodamente de un capuchino mientras decides si vale la pena gastar tu dinero.

Este es un libro acerca de cómo ven el mundo los economistas. De hecho, tal vez haya un economista sentado cerca de ti en este momento. Tal vez no puedas distinguirlo, ya que una persona normal no notaría nada especial en un economista. Pero las personas normales sí resultan especiales a los ojos de los economistas. ¿Qué es lo que ve el economista? ¿Qué te diría él, si te tomaras la molestia de preguntarle? ¿Y por qué deberías hacerlo?

Tal vez creas que estás disfrutando de un capuchino espumoso, pero el economista ve otra cosa. Os ve, a ti y al capuchino, como jugadores de un intrincado juego de señales y negociaciones, competencias de fuerza y batallas dialécticas. Este juego se da por cuestiones importantes: algunas de las personas que trabajaron para que tú tengas ese café delante de ti ganaron mucho dinero, otras ganaron muy poco, y otras están interesadas en el dinero que tienes en el bolsillo en este momento. El economista puede decirte quién obtendrá qué, cómo y por qué. Espero que para cuando hayas terminado de leer este libro, seas capaz de poder ver las mismas cosas. Pero, por favor, cómpralo antes de que el encargado de la tienda te eche de allí.

Tu café resulta intrigante para el economista por otra razón: él no sabe cómo *hacer* un capuchino, y sabe que el resto de las personas tampoco lo sabe. Después de todo, ¿quién podría jactarse de poder plantar, cosechar, tostar y combinar el café, criar y ordeñar vacas, trabajar el acero y moldear plásticos para construir con ellos una máquina de café exprés y, por último, moldear cerámica en forma de simpáticas tazas? Tu capuchino refleja el producto de un sistema de complejidad asombrosa. No existe una sola persona en el mundo que pueda producir por sí sola todo lo necesario para hacer un capuchino.

El economista sabe que el capuchino es producto de un increíble esfuerzo de equipo y que, además, nadie está a cargo de ese equipo. El economista Paul Seabright nos recuerda las súplicas del oficial soviético para poder comprender el sistema occidental: «Díganme... ¿quién es el encargado del suministro de pan para la población de Londres?». La pregunta es cómica, pero la respuesta —«nadie»— resulta perturbadora.

Cuando el economista logra apartar su atención de tu café y mira a su alrededor en la librería, los desafíos organizativos se tornan aún mayores. La complejidad del sistema que ha hecho que esa tienda sea posible no se puede explicar de manera sencilla: piensa en los siglos de diseño y desarrollo, desde el papel en que se imprimen los libros hasta los focos que iluminan los estantes, pasando por el *software* que lleva el control del inventario, sin mencionar los milagros organizativos cotidianos a través de los cuales se imprimen, encuadernan, almacenan, entregan, acomodan y venden los libros.

El sistema funciona extraordinariamente bien. Cuando compraste este libro —a esta altura ya has comprado este libro, ¿no es así?— probablemente lo hiciste sin que fuera necesario que le pidieras a la librería que lo consiguiera para ti. Tal vez, cuando saliste de tu casa esta mañana, ni siquiera sabías que lo comprarías. Sin embargo, mágicamen-

te, decenas de personas hicieron todo lo necesario para cumplir con tus impredecibles deseos: yo, mis editores, comercializadores, correctores, impresores, fabricantes de papel y proveedores de tinta, entre muchos otros. El economista puede explicar cómo funciona un sistema como este, cómo las empresas intentarán explotarlo y cómo tú, como consumidor, puedes protegerte.

Ahora, el economista camuflado está observando por la ventana el atasco que hay afuera. Para algunos, un atasco es meramente un hecho irritante de la vida. Para el economista, el contraste entre el caos de la circulación y la tranquilidad con la que funciona la librería significan algo. Podemos aprender algo de la librería que nos ayude a evitar los atascos.

Aunque los economistas piensan constantemente acerca de las cosas que suceden a su alrededor, no se ven constreñidos a debatir únicamente sobre asuntos locales. Si te molestaras en mantener una conversación con uno de ellos, podrían llegar a hablar acerca de la diferencia entre las librerías del mundo desarrollado y las bibliotecas de Camerún, donde sobran lectores ávidos, pero faltan libros. Tú podrías señalar que la brecha entre los países ricos y pobres del mundo es enorme y horrorosa. El economista podría compartir tu sensación de injusticia, pero también podría decirte por qué los países ricos son ricos y por qué los países pobres son pobres, y qué se podría hacer al respecto.

Tal vez el economista camuflado parezca un sabelotodo, pero refleja la gran ambición de la economía por entender a la gente, tanto como lo hacen los individuos, socios, competidores y miembros de las extensas organizaciones sociales que llamamos «economías».

Esta amplitud de intereses se ve reflejada en las preferencias eclécticas del comité del Premio Nobel. Desde 1990, el Premio Nobel de Economía solo ha sido otorgado ocasionalmente por avances en asuntos obviamente rela-

cionados con la «economía», como la teoría de las tasas de intercambio o los ciclos de negocios, y se ha otorgado con mayor frecuencia por descubrimientos cuyas relaciones con lo que tú podrías llegar a pensar que es la economía son menos evidentes: desarrollo humano, psicología, historia, elecciones, leyes, y hasta descubrimientos esotéricos del tipo «¿por qué no se puede comprar un coche de segunda mano decente?».

Mi meta en este libro es ayudarte a ver el mundo como lo hace un economista. No mencionaré nada relacionado con las tasas de intercambio o con los ciclos de negocios, pero resolveré el misterio de los automóviles usados. Analizaremos las cuestiones importantes: por ejemplo, cómo hace China para sacar a un millón de personas al mes de la pobreza; y las cuestiones más pequeñas: por ejemplo, cómo evitar gastar tanto dinero en el supermercado. Es una tarea completamente detectivesca, pero te enseñaré a utilizar las herramientas de investigación que emplea el economista. Espero que al llegar al final del libro te hayas convertido en un consumidor experimentado (y en un experto votante), que pueda ver la verdad que se esconde tras las historias que los políticos quieren venderte. La vida diaria está llena de rompecabezas que muchas personas ni siquiera pueden ver; entonces, sobre todas las cosas, espero que seas capaz de encontrar la diversión que se esconde detrás de estos secretos cotidianos. Comencemos por el entorno más familiar, con la pregunta: ¿quién paga tu café?

1

¿Quién paga tu café?

El largo trayecto al trabajo en transporte público es una experiencia común en la vida en las grandes ciudades de todo el mundo, ya vivas en Nueva York, Tokio, Amberes o Praga. El camino al trabajo combina, desmoralizadamente, lo que es universal con lo individual. Lo individual porque cada uno de los que hacen este viaje es una rata en su propio y único laberinto: debe tener calculado el tiempo que le lleva llegar desde la ducha hasta el torniquete de la estación, aprender los horarios y el extremo idóneo del andén, para acelerar la combinación entre diferentes trenes, soportando las desventajas de que no haya asientos libres en el primer tren de regreso a casa frente a la comodidad del asiento en el último tren. Además, las personas que deben viajar todos los días para ir a trabajar generan patrones comunes, como embotellamientos y horas punta, que los empresarios de todas partes del mundo explotan a su favor. Mi trayecto al trabajo en Washington D. C. no es el mismo que el vuestro en Madrid, Londres, Nueva York o Hong Kong, pero os resultaría sorprendentemente familiar.

La estación Farragut West del metro tiene una ubicación ideal, que le permite dar servicio al Banco Mundial, al Fondo Monetario Internacional, y hasta a la Casa Blanca. Todas las mañanas, viajeros irritables y somnolientos emergen desde Farragut West hacia el edificio International Square. Es difícil desviar de su camino a esta clase de personas. Simplemente, quieren escapar del ruido y el bullicio, esqui-

var a los tranquilos turistas y llegar a sus escritorios justo antes de que lo hagan sus jefes. No disfrutan de los desvíos. Pero existe un lugar, colmado de paz y abundancia, que puede tentarlos a retrasarse algunos minutos. En este oasis, hombres y mujeres atractivos y exóticos sirven delicias únicas con una sonrisa —hoy me atendió una encantadora señorita cuya placa de identificación rezaba «María»—. Por supuesto, me refiero a Starbucks. Esta cafetería está situada a la salida del International Square, y es imposible de evitar. Y esta no es una peculiaridad de la estación Farragut West: la primera tienda que verás al intentar salir de la estación Farragut North del metro es... ¡otro Starbucks!

Encontrarás esta clase de cafeterías tan convenientemente ubicadas en todas partes del mundo, y todas atienden al mismo tipo de trabajadores desesperados. El establecimiento que se encuentra a menos de diez metros de la salida de la estación Dupont Circle, en Washington, se llama Cosi. La estación Penn, del metro de Nueva York, hace alarde de un Seattle Coffee Roasters justo al lado de la salida a la Octava Avenida. Y aquellos que descienden en la estación Shinjuku, en Tokio, pueden disfrutar de un Starbucks sin necesidad de salir del andén. En la estación Waterloo, en Londres, quien vigila la salida que da sobre la margen derecha del Támesis es un puesto de la cafetería AMT.

Un capuchino grande de Starbucks, de 2,55 dólares, no es nada barato. Pero puedo pagarlo, por supuesto. Como muchas de las personas que se detienen en ese café, yo gano el coste de ese café cada diez minutos. A ninguno de nosotros nos interesa perder el tiempo a fin de ahorrar unas monedas, buscando un café más barato a las 8.30 de la mañana. Las cafeterías bien ubicadas tienen una demanda enorme: por la estación Waterloo, por ejemplo, pasan setenta y